

amigos Camilo y Lucila, y Tallien, que se había echado en la Convención á los pies de Robespierre y Couthon, después de haber sido por ellos maltratado. Este recibió de su amada, que había sido arrestada como sospechosa, una carta en la que le decía:—«Mañana voy al Tribunal revolucionario; muero con la desesperación de haber pertenecido á un cobarde como tú», y en el acto compró un puñal, resuelto á suicidarse si no conseguía matar á Robespierre. Todas estas conjuras y propósitos revelan que los montañeses miraban como segura su ruina.

Tan seguramente como Robespierre, que no había hecho maldito caso de la apoteosis que le dedicara Barere, se consideraba dueño ya de los destinos de la Revolución. Del mismo convencimiento participaba el pueblo entre el que circulaban las frases: «Van á poner la dictadura.» «Va á haber un nuevo treinta y uno de Mayo.» Con estas voces, los ánimos se hallaban suspensos y alarmados. «Reina una gran fermentación, escribió un testigo presencial de los sucesos, Anna d'Or; se comienza á murmurar en alta voz del número de ejecuciones que ocurren á diario; Robespierre, más cruel que nunca, aunque lleva un mes de no parecer por el Comité, amenaza mandar al cadalso á la mitad de la Asamblea..... Las cartas se barajan más y más; los murmullos aumentan; los diputados se reúnen; la Convención está diezmada. Un gran golpe se prepara: ¿cuál? Nadie lo sabe. Pero todo el mundo tiembla.» Todo el mundo temblaba, es verdad, mas no por la materialidad del golpe, sino por la seguridad de que Robespierre iba á triunfar. Y todo el mundo se equivocaba. Los hados dispusieron las cosas de manera muy distinta, como veremos en el capítulo siguiente.



CAPÍTULO UNDÉCIMO

Rota y muerte de los robespierristas.

La predicción de Dantón, «Robespierre te arrastro», iba á cumplirse, precisamente en el momento de dar éste el último paso para subir á la cumbre de su poderío y de su gloria. Nunca, en las crisis de su carrera política, se había encontrado á la cabeza de fuerzas tan poderosas y frente á enemigos tan débiles y despreciables. A su lado estaban el club de los jacobinos, representante fogoso de la clase gobernante, y la Municipalidad, mandataria oficial y armada de la población; y detrás de este club y de esta Municipalidad, se agrupaban con entusiasmo sincero la mayor parte de los guardias nacionales, los cañoneros, los gendarmes, seguidos, á no dudarlo, de los jóvenes soldados del campamento de *Sablons*, de los obreros de la fábrica de pólvora de Grenelle y de los revolucionarios de las secciones. ¿Qué importancia tenían estas fuerzas? El club de los jacobinos contaba los triunfos por el número de las batallas; la Municipalidad gobernaba indirectamente á Francia de mucho tiempo atrás; las secciones no tuvieron sino exhibirse en Junio del noventa y tres para aplastar á la Convención, siendo los guardias seccionarios la única tropa organizada en París. Frente á estos formidables elementos que habían vencido á la monarquía secular, á la sociedad tradicional, ¿qué se agitaba? Casi nada. Azorados, prontos á la fuga, si la fuga fuese posible, si no estuviesen metidos en un círculo infranqueable, unos cuantos diputados odiosos ó degenerados, que se apoyan, por una parte, en la Convención, envilecida, decapitada y que les odia; por otra, en el Comité de Seguridad general, tan desprestigiado

CAPITULO ALFONSO
BIBLIOTECA

como ellos y que les desprecia. Entre los dos grupos, tan débil el uno y tan fuerte el otro, está el Comité de Salvación pública, que parece inclinarse hacia los convencionales, que se siente empujado por ambición, amor propio y patriotismo contra Robespierre, pero que teme la lucha y se queda neutral. Billaud y los suyos no tenían medio de resistir á Maximiliano, no pudiendo pensar en aquella masa conservadora, muda, inerte, oculta en los sangrientos surcos del terreno desquiciado por el Terror. ¡Cuán reducido es el círculo de la previsión humana! Aquella muchedumbre de dispersos y de siervos fué, sin embargo, la que, sin concertarse, sin jefes, sin preparativos, sin prever nada, se arrojó bruscamente en la pelea y venció al Terror, siendo ésta la nota más singular de la jornada de Thermidor.

¿A donde va Robespierre? ¿A la dictadura? Esto se repite á diario. Mas tratándose de un carácter tan desconfiado, prudente, medroso y astuto, hay que guardarse de emplear palabras de sentido preciso, enérgico y simple. Densas nieblas envolvieron siempre la conciencia de Maximiliano, de donde se derivaban sus vacilaciones y sus temores, y á una conciencia así, solamente podía convenir un término vago, extendible á lo infinito, que no asustase, que no implicase ninguna afirmación categórica, que permitiese el despotismo más abominable y el más fácil exterminio de los adversarios, con aires de generosidad ó de embeleco, con lágrimas de sensiblería y gestos de mártir, el cual término no era otro que el de *gobierno revolucionario*, al que, en efecto, se atenia. Por lo mismo, imposible que pensara en una revolución; su sistema predilecto, que le había servido admirablemente desde el principio de su carrera política, era la *eliminación*, paulatina y sucesiva, esperando y aprovechando las coyunturas, de los adversarios, de las teorías sociales, de todo lo que le estorbaba. Arrastrado por un torrente de lisonjas verdaderamente idolátricas, había llegado á creerse encarnación de la democracia francesa, de donde concluía que le correspondía, por lógica consecuencia, el poder absoluto. Arca santa de los comités, así como éstos se habían señoreado del poder conservando un simulacro de Convención, de igual suerte lo concentraría él en sus manos conservando un simulacro de comité, con lo que tendría todo el poder de la dictadura sin llamarse dictador, más claro, se daría el gusto de ejercer el poder sin cargar con ninguna de las responsabilidades. Ni sería dictador, ni habría hecho ninguna revolución; pero habría eliminado, después de los aristócratas, después de los realistas, después de los constitucionales, después de los girondinos, después de los hebertistas, después de los dantonistas, á un nuevo grupo de adversarios: los montañeses.

¿Para qué quiere Maximiliano el poder? ¿Cuál es su pensamiento de gobierno? Imposible descubrir en sus escritos ni en sus palabras una idea precisa, una vista de conjunto: lo único que se columbra es la percepción vaga de una igualdad absoluta, bajo un jefe absoluto, en una centralización implacable. «Es preciso, se lee en sus notas íntimas, mirar

como enemigos á los viciosos y á los ricos; es preciso vencer á los *burgueses*, de donde dimanarían todos los peligros interiores; es preciso reunir á los descamisados en los pueblos, asalariarlos, armarlos é ilustrarlos. ¿Cómo ilustrarlos? Proscribiendo á los escritores, que son los enemigos más peligrosos para la patria, y difundiendo profusamente los escritos revolucionarios». Expulsar de la Convención á unos cuantos viciosos, castigar á los funcionarios del Comité de Seguridad general, reducir este Comité á un papel meramente ejecutivo, echar del Comité de Salvación pública á los individuos rebeldes á su voluntad, la voluntad del representante de la democracia: he aquí á lo que se limitan las conclusiones de su testamento político.

Pero si su cerebro era incapaz de contener un sistema completo de gobierno, ¿no contendrían alguna reforma de importancia, por ejemplo, destruir, ó á lo menos, suavizar el Terror? De ningún modo. Está fuera de toda duda que Robespierre no quería ni destruir el Terror ni modificarlo. Su carácter, sus habituales prácticas, la índole de su causa, sus utopías, sus pasiones, sus amigos, sus parciales, todo lo que estaba dentro de él y fuera de él se lo impedía. Su vanidad enfermiza, sus celos sombríos, su furiosa envidia, su egoísmo insaciable, le condenaban á odiar todo lo que pudiese sobrepujarle ó siquiera igualarle, y le imponían la tendencia al despotismo sin límites y á la crueldad sin reposo. ¿Cómo había de amar la clemencia y la libertad el que no cesaba de predicar guerra á los indulgentes y llamaba humanidad, justicia y virtud al Terror? Y caso que hubiese podido amarlas y querido imponerlas, se lo habrían impedido sus compañeros, como Saint-Just y Couthon; sus amigos, como los jacobinos, los seccionarios, los individuos de la municipalidad, y sobre todo, la muchedumbre de descamisados en los que reclutaba su ejército, cuyos más ignorantes querían seguir *batiendo moneda en la plaza de la Revolución*, cuyos más inteligentes estaban representados por Garnier-Launay, aquel juez del Tribunal revolucionario que escribía el veintinueve de Messidor: «La justicia revolucionaria no podría ser detenida, sin peligro inminente, por el mortífero sistema de la moderación y de la indulgencia». Descúbrese en Robespierre dos propósitos contradictorios: quiere la continuación del Terror y, al mismo tiempo, se queja del Terror, extremo éste en que se han apoyado los que han tratado de rehabilitar su memoria. ¿Qué concluir de estos datos contradictorios? Hay una frase que expresa fielmente el pensamiento de Robespierre y resuelve estas antinomias, á saber, *regularizar el Terror*: es decir, cercenar un número de cabezas igual ó mayor aún, pero no al acaso y por pasión, para satisfacer venganzas ó codicias particulares, sino fría y metódicamente, al modo de un filósofo exterminador, con el objeto de imprimir á la Revolución más fuerza y mayor unidad, ó lo que es lo mismo, mayor rigor. Por la ley del veintidós Pradial, había legalizado el asesinato; por el movimiento de Thermidor, se proponía regularizarlo. Sobre este particular, los hechos no dejan lugar á duda. El diez de Thermidor, decían los prisioneros regocijados: «¡El tirano ha

muerto!», y los carceleros, no bien recibieron la noticia, depusieron al punto su crueldad. ¿Por qué? Porque Robespierre era, más que el guía, el apoyo de los terroristas, y reunía en sus manos temblorosas todo los hilos de la Revolución. Ni Danton, ni Hebert, ni Carrier, ni Billaud, Collot ó Barere, era el Terror. Hebert muere, y el Terror sigue; Danton muere, y el Terror sigue. Pero muere Robespierre, y el Terror agoniza. No son mejores que él los que le suceden, ni Billaud, ni Collot, ni Carrier, ni Maiguet, ni Vardier, ni tanto otro, á pesar de lo cual la moral, la humanidad y la civilización recobran poco á poco sus derechos. ¿Puede darse prueba más elocuente de que Robespierre era el Terror?

Animación desusada se notaba en la Convención, la mañana del ocho Thermidor: en las tribunas, apasionada muchedumbre; en los bancos de los representantes, mayor concurrencia que de ordinario. ¿Qué ocurría? Que Maximiliano, ausente largo tiempo de la Asamblea, volvía á ella para pronunciar un monumental discurso que había meditado durante un mes, y por cuya virtud iba á llevarse el diablo á todos los indulgentes y malvados y á inaugurarse una nueva era de paz y de ventura, el reinado de la verdadera Revolución. Complaciale al gran jacobino la idea de obtener el triunfo por virtud del poder y grandeza de su elocuencia, que él reputaba incomparable, antes que por la brutalidad de la fuerza. A la Asamblea llegó con aire de triunfador. «A juzgar el porvenir por el pasado, dice Vasselin, el agresor debía vencer, y así lo entendió Robespierre». ¿Ni cómo dudar de la victoria? Aquella Convención había votado siempre lo que él le había indicado hasta por sola una frase, ¿y no votaría ahora al peso de aquella elocuencia que tenía derecho á considerar como invencible? Había vencido á los leones—los girondinos y los dantonistas—y á los tigres—Hebert y su bando—y ¿no vencería ahora á los chacales? Subió á la tribuna en medio de los aplausos de las tribunas; de la inquietud, curiosidad febril y angustia de la Asamblea. Sus primeras palabras fueron de protesta contra la acusación de aspirar á la tiranía: negó haber pensado en proscribir á los *individuos irreprochables de la Convención* recordó una vez más la resistencia que había opuesto á que se proscribiese á parte de la Asamblea, aludiendo á los setenta y dos diputados de la derecha á quienes había salvado de la acusación. Tuvo la osadía de dirigirse también á los restos de los grupos de la Montaña, cuyos jefes había inmolado. «No conozco, dijo, más que dos partidos, el de los ciudadanos buenos y el de los malos; no imputo los crímenes de Brissot, de Danton y de Hebert á los que estos conspiradores engañaron.» De la defensiva pasa á la ofensiva. «El furor de mis enemigos ha redoblado desde la fiesta del Sér supremo, que no pueden perdonarme los apóstoles del ateísmo y de la inmoralidad».—Quéjase de haber sido insultado durante la fiesta por los representantes del pueblo. «¿Se creería que, en el seno de la alegría pública, hubo quienes respondieron con signos de furor á las conmovedoras aclamaciones del pueblo? ¿Se creería que el presidente de la Convención, hablando al pueblo

reunido, fuese insultado por representantes del pueblo? Este solo rasgo explica lo que ha pasado después».—Quéjase igualmente del sistema que siguen sus enemigos para hacerle responsable de todas las medidas de rigor que se toman y de todas las iniquidades que se cometen. «La fuerza de la calumnia, la impotencia de hacer el bien y evitar el mal, me han obligado á abandonar por completo mis funciones de individuo del Comité de Salvación pública. Seis semanas hace que mi supuesta dictadura ha expirado y que no ejerzo ningún género de influencia en el gobierno.—La patria ¿ha sido por esto más feliz? Ojalá.—En qué manos están hoy los ejércitos, la hacienda y la administración de la República?—¿En manos de la coalición que me persigue.—No les basta haber apartado de su lado á un vigilante incómodo; maquinan arrebatarle el derecho de defender al pueblo con la vida.—Yo se la abandonaré sin lamento..... La muerte no es, como se ha dicho, *un sueño eterno*. Borrada de las tumbas esta máxima grabada por manos sacrilegas, esta máxima que descorazona á la inocencia oprimida é insulta á la muerte. Grabad en su lugar esta otra: *la muerte es el comienzo de la inmortalidad*».

Junto á estas elevadas ideas religiosas, vertidas inesperada y bruscamente en una polémica política saltan por disonante contraste, propio del carácter de Robespierre, recriminaciones odiosas é implacables. Quéjase de que el decreto contra los ingleses se viole sistemáticamente, esto es, que no se fusile á todos los presos ingleses; quéjase de que se jueguen comedias filantrópicas en la Bélgica reconquistada, es decir, que se trate amigablemente á poblaciones que enemigas de Francia un día, habían vuelto á ser pertinencias suyas, y acusa á los que dirigen los asuntos públicos de inclinarse á la indulgencia y favorecer á la aristocracia.—«La intriga y el extranjero iriunfan.—Se oculta, se disimula, se engaña; luego se conspira.—Se procura adormecer la opinión pública, se calumnia al pueblo, se erige en crimen la pública solicitud, se aleja á los cañoneros, se desarma á los ciudadanos, se intriga en el ejército, se trata de apoderarse de todo; luego se conspira.—La contra-revolución está en la Administración de la Hacienda. ¿Quiénes son los administradores supremos?—Aristócratas y públicos bellacos».—No pronuncia el nombre de Cambón, pero le señala muy á las claras, sin dejar la menor duda, y ataca el sistema de los asignados, como inventado por el extranjero para matar de hambre á Francia. Insiste después de la victoria, en la idea que había emitido antes de la campaña, á saber, que los tiranos retiraban sus ejércitos dejando á los franceses entregados á sus disensiones, y renueva sus profecías del noventa y uno y noventa y dos acerca del advenimiento del despotismo militar.—«Aflojad un instante las riendas de la revolución, y veréis al despotismo militar empuñarlas y al jefe de las facciones destruir la representación nacional civil; un siglo de guerra fratricida y de calamidades asolará nuestra patria, y pereceremos, por no haber querido aprovechar la hora señalada en la Historia de los pueblos para fundar la libertad... La derrota de las facciones rivales parece que ha dado soltura á todos los

CAPILLA ALFONSO X
MUSEO DE HISTORIA
NACIONAL